

Biblioteca-Films

LOS DOS PILLETES

Núm. 49

50
céntimos



JEAN
FOREST
LESLIE
SHAW

BIBLIOTECA FILMS

TÍTULO DE LA SUPREMACIA

REDACCIÓN:
Calabria, 96Teléfono 173 - H
BARCELONA

APARECE TODOS LOS MARTES

REVISADO POR LA CENSURA PREVIA

Los dos Pilletes

Novela de tal fuerza emotiva, que su interesantísimo
asunto ha conmovido a toda una generación.

Adaptación de la popular novela del celebrado

Pierre Decourcelle

Super-producción PHOCÉA

Exclusivas: Príncipe Films, Sdad. Ltda.

Aldamor, 7 y 9-San Sebastián

Representante para Cataluña, Aragón y Baleares

D. JOSÉ CAVALLÉ

Aragón, 225, pral. 1.ª - Barcelona

—oo—

Elena de Kerlor	Majorie Hume
La Tia Ceferina	Ivette Guilbert
Caracol.	Gabriel Signoret
Fanfán (a los 11 años).	Leslie Shaw
Claudinet (a los 13 años).	Jean Forest

ARGUMENTO DE ESTA PELÍCULA

ooooOoooo

BIBLIOTECA FILMS
 FILMS DE LA SUPERSTITION
 REPARACIÓN
 FILMS DE LA SUPERSTITION
 FILMS DE LA SUPERSTITION
 FILMS DE LA SUPERSTITION

Los dos Filles

Registrada. Queda hecho el
 depósito que marca la ley.

Representante para España, Aragón y Cataluña
 D. JOSE CAYATÉ
 A. 11, 12, 13, 14, 15, 16, 17, 18, 19, 20, 21, 22, 23, 24, 25, 26, 27, 28, 29, 30, 31, 32, 33, 34, 35, 36, 37, 38, 39, 40, 41, 42, 43, 44, 45, 46, 47, 48, 49, 50, 51, 52, 53, 54, 55, 56, 57, 58, 59, 60, 61, 62, 63, 64, 65, 66, 67, 68, 69, 70, 71, 72, 73, 74, 75, 76, 77, 78, 79, 80, 81, 82, 83, 84, 85, 86, 87, 88, 89, 90, 91, 92, 93, 94, 95, 96, 97, 98, 99, 100, 101, 102, 103, 104, 105, 106, 107, 108, 109, 110, 111, 112, 113, 114, 115, 116, 117, 118, 119, 120, 121, 122, 123, 124, 125, 126, 127, 128, 129, 130, 131, 132, 133, 134, 135, 136, 137, 138, 139, 140, 141, 142, 143, 144, 145, 146, 147, 148, 149, 150, 151, 152, 153, 154, 155, 156, 157, 158, 159, 160, 161, 162, 163, 164, 165, 166, 167, 168, 169, 170, 171, 172, 173, 174, 175, 176, 177, 178, 179, 180, 181, 182, 183, 184, 185, 186, 187, 188, 189, 190, 191, 192, 193, 194, 195, 196, 197, 198, 199, 200, 201, 202, 203, 204, 205, 206, 207, 208, 209, 210, 211, 212, 213, 214, 215, 216, 217, 218, 219, 220, 221, 222, 223, 224, 225, 226, 227, 228, 229, 230, 231, 232, 233, 234, 235, 236, 237, 238, 239, 240, 241, 242, 243, 244, 245, 246, 247, 248, 249, 250, 251, 252, 253, 254, 255, 256, 257, 258, 259, 260, 261, 262, 263, 264, 265, 266, 267, 268, 269, 270, 271, 272, 273, 274, 275, 276, 277, 278, 279, 280, 281, 282, 283, 284, 285, 286, 287, 288, 289, 290, 291, 292, 293, 294, 295, 296, 297, 298, 299, 300, 301, 302, 303, 304, 305, 306, 307, 308, 309, 310, 311, 312, 313, 314, 315, 316, 317, 318, 319, 320, 321, 322, 323, 324, 325, 326, 327, 328, 329, 330, 331, 332, 333, 334, 335, 336, 337, 338, 339, 340, 341, 342, 343, 344, 345, 346, 347, 348, 349, 350, 351, 352, 353, 354, 355, 356, 357, 358, 359, 360, 361, 362, 363, 364, 365, 366, 367, 368, 369, 370, 371, 372, 373, 374, 375, 376, 377, 378, 379, 380, 381, 382, 383, 384, 385, 386, 387, 388, 389, 390, 391, 392, 393, 394, 395, 396, 397, 398, 399, 400, 401, 402, 403, 404, 405, 406, 407, 408, 409, 410, 411, 412, 413, 414, 415, 416, 417, 418, 419, 420, 421, 422, 423, 424, 425, 426, 427, 428, 429, 430, 431, 432, 433, 434, 435, 436, 437, 438, 439, 440, 441, 442, 443, 444, 445, 446, 447, 448, 449, 450, 451, 452, 453, 454, 455, 456, 457, 458, 459, 460, 461, 462, 463, 464, 465, 466, 467, 468, 469, 470, 471, 472, 473, 474, 475, 476, 477, 478, 479, 480, 481, 482, 483, 484, 485, 486, 487, 488, 489, 490, 491, 492, 493, 494, 495, 496, 497, 498, 499, 500, 501, 502, 503, 504, 505, 506, 507, 508, 509, 510, 511, 512, 513, 514, 515, 516, 517, 518, 519, 520, 521, 522, 523, 524, 525, 526, 527, 528, 529, 530, 531, 532, 533, 534, 535, 536, 537, 538, 539, 540, 541, 542, 543, 544, 545, 546, 547, 548, 549, 550, 551, 552, 553, 554, 555, 556, 557, 558, 559, 560, 561, 562, 563, 564, 565, 566, 567, 568, 569, 570, 571, 572, 573, 574, 575, 576, 577, 578, 579, 580, 581, 582, 583, 584, 585, 586, 587, 588, 589, 590, 591, 592, 593, 594, 595, 596, 597, 598, 599, 600, 601, 602, 603, 604, 605, 606, 607, 608, 609, 610, 611, 612, 613, 614, 615, 616, 617, 618, 619, 620, 621, 622, 623, 624, 625, 626, 627, 628, 629, 630, 631, 632, 633, 634, 635, 636, 637, 638, 639, 640, 641, 642, 643, 644, 645, 646, 647, 648, 649, 650, 651, 652, 653, 654, 655, 656, 657, 658, 659, 660, 661, 662, 663, 664, 665, 666, 667, 668, 669, 670, 671, 672, 673, 674, 675, 676, 677, 678, 679, 680, 681, 682, 683, 684, 685, 686, 687, 688, 689, 690, 691, 692, 693, 694, 695, 696, 697, 698, 699, 700, 701, 702, 703, 704, 705, 706, 707, 708, 709, 710, 711, 712, 713, 714, 715, 716, 717, 718, 719, 720, 721, 722, 723, 724, 725, 726, 727, 728, 729, 730, 731, 732, 733, 734, 735, 736, 737, 738, 739, 740, 741, 742, 743, 744, 745, 746, 747, 748, 749, 750, 751, 752, 753, 754, 755, 756, 757, 758, 759, 760, 761, 762, 763, 764, 765, 766, 767, 768, 769, 770, 771, 772, 773, 774, 775, 776, 777, 778, 779, 780, 781, 782, 783, 784, 785, 786, 787, 788, 789, 790, 791, 792, 793, 794, 795, 796, 797, 798, 799, 800, 801, 802, 803, 804, 805, 806, 807, 808, 809, 810, 811, 812, 813, 814, 815, 816, 817, 818, 819, 820, 821, 822, 823, 824, 825, 826, 827, 828, 829, 830, 831, 832, 833, 834, 835, 836, 837, 838, 839, 840, 841, 842, 843, 844, 845, 846, 847, 848, 849, 850, 851, 852, 853, 854, 855, 856, 857, 858, 859, 860, 861, 862, 863, 864, 865, 866, 867, 868, 869, 870, 871, 872, 873, 874, 875, 876, 877, 878, 879, 880, 881, 882, 883, 884, 885, 886, 887, 888, 889, 890, 891, 892, 893, 894, 895, 896, 897, 898, 899, 900, 901, 902, 903, 904, 905, 906, 907, 908, 909, 910, 911, 912, 913, 914, 915, 916, 917, 918, 919, 920, 921, 922, 923, 924, 925, 926, 927, 928, 929, 930, 931, 932, 933, 934, 935, 936, 937, 938, 939, 940, 941, 942, 943, 944, 945, 946, 947, 948, 949, 950, 951, 952, 953, 954, 955, 956, 957, 958, 959, 960, 961, 962, 963, 964, 965, 966, 967, 968, 969, 970, 971, 972, 973, 974, 975, 976, 977, 978, 979, 980, 981, 982, 983, 984, 985, 986, 987, 988, 989, 990, 991, 992, 993, 994, 995, 996, 997, 998, 999, 1000

Imp. ISIDRO DUCH. - Viladomat, 108. - Barcelona

¡Voy a morir!... ¡Amigo,
 cesa tu llanto,
 que en mi vida, aunque niño,
 sufrí yo tanto...!
 ¡Si tu supieras
 que me voy con mi madre,
 te sonrieras!

Alfonso Castaño Prado

I

—¡Entren, entren, señoras y caballeros, si quieren consultar a la célebre princesa Ceferiniana, sonámbula extraordinaria!... Desentraña el pasado, el presente y el porvenir... ¡Entren, entren, entren! ¡Sólo dos reales para conocer el porvenir!

El numeroso público que se agolpaba frente a la barraca del tío Caracol, que gritaba desahoradamente, gesticulando como un energúmeno a la puerta de una de las muchas atracciones del Luna-Park, contemplaba embobado a la llamada Princesa Ceferiniana, aparatosa-mente vestida con llamativo ropaje de guardarrópia y a quien el tío Caracol fingía hipnotizar.

La célebre adivinadora ya está en su sueño hipnotico — proseguía el tío Caracol—; ahora va a entrar en su gabinete y recibirá a quien desee consultarla. ¡Entren, señoras y caballeros!... ¡Cincuenta céntimos para saber su porvenir!...

Y la Princesa de los raídos vestidos de guardarrópia se levanta y entra en su gabinete, se-

guida por varios de los crédulos mirones, mientras el pequeño Claudinet, vestido de payaso, con la cara embadurnada de colorete, redobla un vetusto tambor, llamando la atención de los numerosos transeúntes.



Elena de Kerlor.

Majorie Hume

El tío Caracol, un hombre de unos cincuenta años, aparentemente bonachón, era el jefe de una banda de rateros que ocultaban su punible profesión bajo la apariencia de saltimbanquis, titiriteros y adivinadores. Iban de

pueblo en pueblo, llevando en un gran furgón, tirado por dos caballos, todos sus menesteres; furgón que era al mismo tiempo habitación y vehículo. Meses hacía que había sentado sus reales en Neuilly, donde contaba con una red de colaboradores. Actualmente el furgón, debidamente adornado, habíase convertido en una de las casetas del Luna-Park, donde el tío Caracol ejercía la profesión de maestro en ciencias ocultas, mientras sus atláteres se dedicaban a sus raterías en la gran urbe.

La tía Ceferina, mujer de Caracol, una jamaona de cuarenta y cinco inviernos, pero aparentemente más vieja que su marido, era una hembra degenerada, borracha empedernida, colaboradora de su cónyuge en su doble actuación de ladrón y adivinador; pero bastante infiel a su marido, cosa a que éste daba poca importancia. Era alta, gruesa en exceso y en exceso fea; aumentando aún más su fealdad, su desaliño habitual, sus ojos chiquitos, su boca grande y tres dientes que le faltaban en la mandíbula superior.

Claudinet, el chiquitín que batía el cuero a la entrada del barracón, sobrino carnal de la tía Ceferina, recogido por ésta en su orfandad, era una deliciosa criaturita de cinco años, tan gastadito y enclenque por la pésima e insuficiente alimentación y, sobre todo, por los malos tratos de que era objeto por parte de los que le rodeaban, que su carita, color de cera virgen, sus orejitas despegadas y transparentes, sus ojeras y una tos seca persistente, eran indicio de una tisis que le iba minando poco a poco. Su estancia en el Hospital, durante varios meses no hizo más que reforzar aquella naturaleza enclenque, que volvió a debilitarse

al reanudar su vida al lado de quienes le explotaban sin piedad.

Claudinet redoblaba el tambor cuando el furgón se convertía en habitación de la Princesa Ceferiniana; pedía limosna por las mañanas en los barrios aristocráticos y a la puerta de las iglesias y ejercía su incipiente oficio de ratero y ladronzuelo, a cuyo oficio le había iniciado su tía y el malvado Caracol.

Otro de los compinches de la banda era el llamado Cachalote, un tipo de cuarenta años, que había estado encerrado en la mayor parte de las cárceles de Francia, un hombre degenerado, profesional del robo, tan vicioso como Caracol y Ceferina, y más cínico, si cabe, que ellos.

Tales son los personajes de esta historia, formando como la sombra que va a dar realce a los hechos interesantísimos de esta novela.

II

—Juanito, ven que te leeré lo que papá nos escribe.

—¿Qué dice papá?

—Mira, ¿ves? esta carta nos la escribe él...

—¿Dónde está papá?

—Eu Africa, hijo mío, donde trabaja para ganarnos mucho dinero... Pero pronto va a venir. Escucha: *He aquí una buena noticia. Mis negocios están casi terminados y dentro de un mes espero estar en vuestra compañía. Da muchos besos a Juanito. Ven, que te los voy a dar.*

Y Elena de Kerlor, sentada en un banco del jardín de su palacio, apretó contra su pecho al

hermoso angelito, de edad de tres años, rubio como el oro.

—Anda, Juanito, vete a jugar—dijo Elena poniendo a su hijo en el suelo.

Mientras el niño se disponía a proseguir sus juegos, Elena dirigióse al palacio en busca de su hermana política, Carmen de Saint-Hirieux, quien, en compañía de su esposo, el señor de Saint-Hirieux, diplomático de renombre, pasaban en casa del conde de Kerlor las temporadas que permanecían en París, cuando sus asuntos profesionales le retenían en la capital.

Carmen, hermana del conde de Kerlor, amaba a su cunada Elena como a una hermana y como a tal la trataba, no teniendo secretos para ella.

Carmen de Saint-Hirieux está en sus habitaciones, sentada a una mesa escritorio. Después de leer una carta, la guarda en uno de los cajones, cerrándolo con llave que deposita en un jarroncito japonés que tiene encima de la mesa; después escribe una carta y la pone bajo sobre, en el que pone esta dirección:

Señor don Roberto d'Alboise

Ingeniero

Compañía Radio Eléctrica

Saint-Hilaire (Aude)

Mal se podía pensar Carmen que sus acciones eran espiadas por Ernestina, la nueva camarera, quien observaba a la esposa de Saint-Hirieux, aplicando el ojo por el de la cerradura.

Era Ernestina agente de la razón social Caracol, Cachalote y compañía, y se había hecho admitir como camarera para preparar a los astutos rateros un golpe de pillaje en casa

del conde de Kerlor, durante la ausencia de éste. La criada oyó ruido tras sí y fué a sus ocupaciones en el mismo momento en que aparecía Elena de Kerlor, quien llamó con los nudillos de la mano a la puerta de la habitación de Carmen.

—¡Adelante!—voceó ésta escondiendo rápidamente debajo de un libro el sobre que acababa de encabezar. Al ver a su cuñada, exclamó:

—¡Ah!... ¿Eres tú, Elena?

—Tú siempre pensando en Roberto.

—Ahora le acabo de escribir.

—Lo supongo.

—Toma, harás el favor de tirar esta carta al correo.

—Haces mal, Carmen en continuar tus relaciones amorosas con ese muchacho.

—¡Tú, Elena, eres feliz con tu marido, que te ama, y a quien adoras!... Tu hijo completa vuestra felicidad. Mientras yo...

—También puedes ser feliz con el tuyo; es bueno, cariñoso contigo; tiene una carrera brillantísima; es rico, ¿qué más quieres?

—Que mi corazón le amara. Pero no, en el fondo de mi ser hay una voz que grita: ¡Roberto, Roberto mío!

—Tu razón debe hablar más alto que tu corazón; debe imponerse a ese sentimiento bestial que te llevará a la ruina.

—No puedo, Elena, no puedo. Le amo con toda mi alma. La culpable de todo ha sido mi madre, que se opuso a que me casara con Roberto d'Alboise. No amo ni amaré nunca a mi marido.

—No culpes a tu madre. Ella pensaba hacerse feliz con el hombre con quien te casó,

Roberto era entonces un ingeniero pobre y sin porvenir.

—Pero le amaba y le amo. Es inútil cuanto hagas por disuadirme. Oye, Elena, yo he escrito a Roberto para que me dirija las cartas a lista de correos, a tu nombre; supongo que no tendrás ningún reparo en ello. Yo las iré a buscar.

—¡Pobre Carmen!... ¡Cómo te engaña el corazón!... Vamos a ver a tu marido para hablarle de la "garden-party" que va a tener lugar en nuestros jardines el próximo domingo.

—Vamos.

Momentos después, mientras el señor de Saint-Hirieux, Elena y Carmen trataban del asunto de la futura fiesta, la camarera Ernestina registraba el secreter de Carmen, que abrió con la llave que ella le había visto guardar en el jarroncito japonés.

Se enteró de la correspondencia de Carmen con Roberto, y determinó guardar las cartas para que Caracol tuviese armas para una campaña de chantaje.

III

—Es una verdadera pena que os marchéis ocho días antes de la llegada de mi marido.

—No obstante, toda la dicha que me causaría verlo—contestó Saint-Hirieux—, me es imposible diferir un día más nuestra partida.

—Por ocho días no vas a quedar mal con Jorge—observó Carmen.

—No ignoras, querida, la importancia de mi misión en América. Idos a terminar las invitaciones.

—Vamos, Carmen—dijo Elena.

En el despacho de Kerlor las dos cuñadas pusieron las señas a los sobres para mandar las invitaciones de la "garden-party". Elena vió como Carmen ponía en un sobre la dirección de Roberto d'Alboise y amonestó a su cuñada:

—Me habías asegurado que todo estaba terminado con Roberto.

—Sí, sí, todo está acabado. ¡Te lo juro!... Pero partiría tan triste sin verle... Cuando haya partido ya le olvidaré. Quiero verle por última vez.

—Te concedo que le veas por última vez; pero sé prudente...

—Cuando llegue, tú le presentarás como amigo de Jorge para despistar.

Ocho días después, tuvo lugar en los jardines del palacio del conde de Kerlor la "garden-party". Varias mesas colocadas en el parque estaban dispuestas para obsequiar a los invitados.

En uno de los ángulos del jardín se había levantado un teatro de títeres para solaz de la gente menuda; en otro dispúsose un teatro para los mayores.

Elena y Carmen hacían los honores de la casa, recibiendo con exquisita amabilidad a todos los invitados. Llegó Roberto d'Alboise. Al verlo, Elena se adelantó:

—Señor d'Alboise, sea usted prudente. Lo presentaré al esposo de Carmen como amigo del mío.

Un momento después Carmen pudo deslizarse al oído de Roberto:

—Espérame al lado del estanque. Iré dentro de un momento.

Y mientras actuaban los teatros de títeres para los niños y el otro para los mayores, Carmen y Roberto se entrevistaban en el lugar convenido, creyéndose solos; pero la camarera Ernestina, escondida tras un macizo de lilas, pudo seguir la conversación de los enamorados, y hasta les vió darse pruebas de cariño recíproco.

—Carmen, no puedo vivir sin ti. No quiero que te marches.

—No puede ser, Roberto.

—Nuestro hijo te necesita. ¿No piensas en él? El otro día me preguntó: —¿Dónde está mi mamá?

—¡Pobre hijo mío!

—Te debes a tu hijo. Te he traído su retrato. Debes venir a mi casa.

—No puedo hacer esa locura. El escándalo mataría a mi pobre madre y la cólera de mi hermano Jorge sería terrible; fuera capaz de seguirnos y vengar en ti la muerte de nuestra madre.

—Para evitar el escándalo que temes, tengo un plan.

—¿Cuál es?

—Dentro de tres días, en el momento en que te vayas a embarcar, estaré en el Havre con el auto. En el último momento hallarás ocasión de escaparte.

—Te amo mucho, Roberto, y quiero a mi hijo como te puedes figurar; pero amo también, aunque con otra clase de afecto, a mi buena madre, y no quiero ser causa de su muerte.

—Estoy dispuesto a todo, Carmen; si tú re-

husas vendré mañana para decírselo todo a tu marido. Nos batiremos.

—No, Roberto, no; te lo ruego con toda mi alma. No te expongas a un trance tan duro.

—Me marchó en el primer tren a Saint-Hilaire. Mañana recibirás carta mía, que dirigirá a Elena, para despistar a tu marido.

Durante esta conversación de los dos amantes, ilustrada con frecuentes besos y abrazos cariñosos, Saint-Hirieux preguntó varias veces a Elena por su esposa; ésta la excusaba como podía; pero tanta era la tardanza de Carmen, que Saint-Hirieux determinó ir en su busca.

—Se está vistiendo—avanzó Elena—. Como tiene una camarera tan inhábil... Voy a ayudarla.

Corrió Elena adonde se hallaban los amantes y hallóles abrazados.

—Apresúrate, Carmen, tu esposo te echa a faltar.

—Adiós, Roberto, hasta... más ver! Escríbeme.

—Mañana mismo—. Y, dirigiéndose a Elena, prosiguió: —Señora, me permitiré dirigir la carta que escribiré a Carmen a su nombre de usted.

—Está bien... Corre, Carmen, que tu esposo está impaciente.

Carmen echó a correr. Llevaba en su mano el retrato de su hijo, del hijo de Roberto, y, para no presentarse con él ante su esposo, lo escondió entre un macizo de clemátides.

La criada Ernestina salió de entre los lilares, donde lo había oído y visto todo, y murmuraba para sus adentros:

—Aquí hay pesca segura: cartas del amante

a la esposa infiel y de ésta a él; retrato del hijo natural; carta del amante dirigida a la mujer adúltera, por mediación de la cuñada... Esto es un río revuelto que debe aprovechar el tío Caracol para sacar algunas pesetas.

Un momento después, Ernestina, encaramada a la puerta de hierro del jardín, hablaba sigilosamente con el cinico Cachalote, que hacía rato esperaba a la camarera, paseándose ante la puerta del jardín.

—Dí a Caracol que esta noche iré al palacio de la princesa Ceferiniana, pues tengo un asunto que dará pasta.

—¿Robo o chantaje?

—¿Quién sabe?... Quizá las dos cosas a la vez.

Y, en efecto, al punto de media noche, entraron en el coche-habitación Cachalote y Ernestina, cuando los concurrentes a las sesiones camelo-nigrománticas del tío Caracol y Ceferina habían ya salido aligerados de bolsillo, contentos y engañados, y el pequeño Claudinet se había acostado sobre la paja, caliente con unos cuantos sornavirones propinados por la tía Ceferina y unas coces administradas por Caracol a guisa de cena, que fué la única que tomó aquella noche aquel angelito, cuya existencia se iba minando paulatinamente, explotado por aquellos seres sin entrañas, quienes le negaban lo que no se niega ni a los irracionales: la alimentación suficiente para vivir. Aquellos degenerados se gastaban en vino mucho más de lo que necesitaban para alimentar a aquel niño de cinco años que se consumía con una tisis terrible... ¡Cuántos niños corren la misma suerte que Claudinet en nuestros países civilizados!

Entraron, decimos, en la habitación Cachalote y Ernestina. Esta, después de sentarse a la mesa, dispuesta con vasos y botellas de tinto tabernario del más fuerte, entre libación y libación, fué contando cuantas impresiones traía de la casa donde ejercía su degradante misión. Después de enterar a los compinches, de los enredos familiares de los Saint-Hirieux, sacó del pecho un fajo de cartas y la fotografía de Roberto dedicada a Carmen, y a más las cartas de Carmen a Roberto, robadas en casa de éste, cuando Ernestina servía en ella, entregando todos estos documentos a Caracol, que los encerró en su baúl para servirse de ellos a su tiempo para una campaña de chantaje.

Aquella noche Caracol escribió este anónimo a Saint-Hirieux:

Señor Saint-Hirieux: Su mujer le engaña; tiene un amante. Hoy debe ir a buscar una carta a la estafeta núm. 75.

IV

Juanito jugaba aquella mañana en el jardín, en compañía de los dos servidores más antiguos de los señores de Kerlor, José, el grueso mayordomo del conde, el doméstico de más confianza de la casa, y Teresa, ama de llaves, tan antigua como José y tan confiada como él. Al saltar Juanito sobre un mazo de clemátides para coger el aro que habíasele escapado, descubrió una fotografía de un niño y, con ella en la mano, y seguido de Teresa, corrió hasta el palacio, entrando con el retrato donde hablaban su madre y su tía Carmen,

—¡Mamá, mamá, mira qué retrato!...

—¿Dónde has hallado esta fotografía?

Carmen arrancó el retrato de manos de Juanito y lo apretó contra su pecho.

—Juanito—mandó la señora de Kerlor—, vete a jugar a tu dormitorio.

Salió el niño y entonces Elena acercóse a Carmen, preguntándole:

—Dime, Carmen: ¿quién es ese niño?

—Elena, ¡es mi hijo!

—¡Tu hijo!... ¿De Roberto?... No me habías dicho...

—Fué poco tiempo antes de casarme. Roberto debía marchar a probar fortuna...

Cuando Carmen se disponía a salir se presentó José, el criado, con una carta para la señora de Saint-Hirieux. Abrióla Carmen y la leyó a Elena. Le comunicaban en ella que la madre de Carmen estaba grave.

—Ya ves, Elena, qué tristeza; no poder ni despedirme de mi madre.

—Ya iré yo a verla. Vosotros marcharéis pasado mañana, tengo tiempo de ir al castillo de Kerlor y volver antes que os marchéis.

—Te lo agradeceré.

Fueron, Carmen a ver a su esposo y Elena a su hijo, que se hallaba jugando en su dormitorio. Al entrar Elena vió cómo Juanito, subido en una silla, con un pincel, pintaba unos monigotes en la puerta del armario donde tenía encerrados los juguetes.

—¿Qué haces aquí, Juanito?... ¡Dios mío! ¿Pero por qué pintas la puerta?... Eso de ensuciar las paredes no lo hacen más que los niños malos... ¡Ven aquí!—Elena se sentó—. ¡Malo, más que malo!... ¿Lo harás otra vez?

Juanito se arrodilló a los pies de su madre

juntó las manos y exclamó haciendo pucheritos:

—¡Mamá, perdón!

—No vuelvas a pintar las puertas.

—No, mamáita, no lo haré más.

Este incidente terminó con un fuerte beso.

El señor de Saint-Hirieux había recibido el anónimo de Caracol en el que se hablaba de la infidelidad de su esposa.

En efecto, ésta se dirigió en coche a la estafeta número 75, y Saint-Hirieux la siguió en su auto. Penetraba él en la estafeta cuando salía la esposa infiel, llevando en la mano una carta de su amante, cuyo sobre iba dirigido a Elena de Kerlor.

—¿Qué es esta carta?—preguntó irritado.

Carmen tuvo un momento de turbación; pero se repuso en seguida y contestó fingiendo tranquilidad.

—Elena ha ido a ver a mi madre y me ha rogado que viniese a recoger esta carta. ¿Ves? Se trata de una obra de caridad y no quiere que se conozca su dirección.

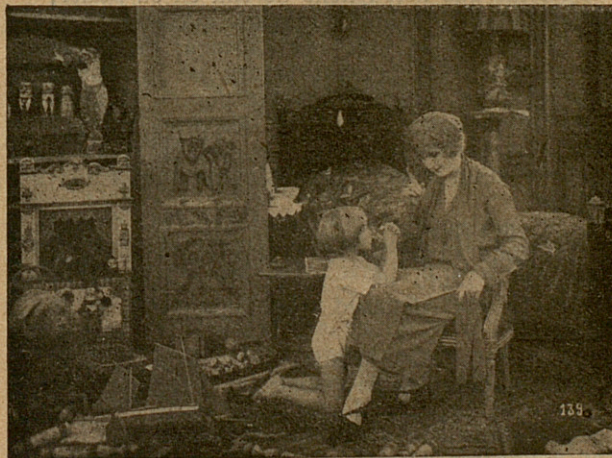
—Excusa mis sospechas, pero tengo interés en entregar esta carta a Elena.

Carmen no quiso insistir en guardarla y se la entregó a Saint-Hirieux.

Los esposos volvieron a su casa: ella, temerosa de que su marido sospechara fundadamente en ella; él, convencido de que su Carmen era la mujer más virtuosa del mundo, santificada por la calumnia.

Entretanto, Elena, pretextando ir a Kerlor para ver a su suegra, firme en su propósito de impedir el cumplimiento de los planes de Ro-

berto, dirigióse a Saint-Hilaire, donde el amante de Carmen ejercía el cargo de director de la Central Radio-Eléctrica de l'Aude. Presentóse Elena en la Central y preguntó por el se-



Juanito se arrodilló a los pies de su madre, juntó las manos y exclamó, haciendo pucheritos:

--¡Perdón, mamá!

ñor d'Alboise. Cuando éste vió a la condesa de Kerlor con el rostro cubierto con un velo tupido, creyó que fuese Carmen y exclamó:

—¡Oh!... ¡Carmen!... ¡Carmen!...— La condesa de Kerlor levantó el velo—. ¿Es usted, señora condesa?

—Sí, señor, la cuñada de Carmen, que no ha vacilado en partir sola, secretamente, como una culpable para salvar la honra y tal

2— Los dos pilletes.

vez la vida de la infortunada hermana de mi esposo.

—¿Con qué objeto?

—Vengo para entregarle algunas de las cartas que usted ha dirigido a mi cuñada y a recoger las que usted tiene de ella en su poder; y sobre todo, vengo a suplicarle que desista de su propósito de huir con Carmen; eso sería la muerte de su anciana madre. Se lo suplico por el amor que usted siente por mi cuñada.

—Condesa, no quiero ser descortés con usted. Las cartas las tengo en casa y, si usted quiere, en un instante iremos en mi auto a buscarlas.

—Como guste.

La condesa de Kerlor y Roberto se dirigieron en el auto de éste, hasta el pueblo de Saint-Hilaire, distante tres kilómetros de la Central.

Al llegar al paso a nivel lo hallaron cerrado, y el automóvil se vió obligado a esperar que pasara el expreso de Marsella-Paris.

¡Oh coincidencia! En dicho expreso, que pasó momentos después, viajaba, de regreso del Africa, el conde Kerlor, que le pareció reconocer a su esposa en la señora sentada en el automóvil abierto, parado en el paso a nivel.

Al llegar a su habitación, Roberto d'Alboise no halló las cartas de Carmen. Ignoraba él que aquellas obraban en poder de Caracol.

V

Hacía una hora que el conde de Kerlor había llegado a su casa cuando se presentó en ella Elena. Saint-Hirieux y Carmen habían ex-

plicado al conde cómo su esposa había ido al castillo de Kerlor para ver a la anciana condesa, madre de Jorge y de Carmen, que se hallaba algo agravada en su dolencia. Por eso, cuando llegó Elena, Jorge de Kerlor, después de abrazarla efusivamente, le preguntó con gran interés:

—¿Cómo está mamá?

Titubeó Elena; pero se repuso y contestó algo indecisa:

—¡Ah!... Algo mejor está.

—¿Recibió mi telegrama?

—No sé... digo creo que sí.

En aquel momento se adelantó Saint-Hirieux y entregó la carta que fuera a buscar Carmen, diciéndole:

—Elena, Carmen me ha dicho que querías guardar el secreto de tus obras de caridad. He aquí una carta que, según me dice Carmen, se refiere a tus asuntos con los necesitados.

Elena palideció y quiso disimular su turbación diciendo, al mismo tiempo que guardaba la carta:

—¡Ah!... Sí, sí, ya sé... ¿Vamos arriba, Jorge, que verás a Juanito?

Unas horas después los señores de Saint-Hirieux se despidieron de Jorge y Elena, y tomaron el tren para ir a embarcar en el Havre.

Aquella noche, mientras los condes de Kerlor, después de hacer acostar al niño, se disponían a tomar el té, llegó José con un telegrama para la condesa. Esta palideció.

—¿De quién es ese telegrama?—preguntó Kerlor—. Pareces desconcertada... ¿Es una mala noticia? ¿Se trata de mi madre?

—Te suplico... No es nada... Es el doctor

que telegrafía; pero no es nada grave. Iremos mañana.

—¿Por qué no quieres que lea ese parte?

—Para evitarte una inquietud.

—Dámelo.

Kerlor arrebató el telegrama y leyó:

Estado condesa siempre inquietante. Ven- ga lo antes posible. Hoy ha expresado deseo de verla.—Dubois.

Luego, frunciendo el entrecejo, rugió

—Tú no has ido a ver a mi madre como me habías asegurado... Me has mentido... ¿Por qué?

—Si te he mentido ha sido para evitarte un gran disgusto.

—¿Dónde has ido?... ¿Con quién ibas en auto esta mañana?... Dímelos en seguida, de dónde venías?

—Tranquilízate, Jorge, y no pienses mal de mí.

—Dispénsame, Elena, tú sabes que soy celoso. No me hagas sufrir más; disipa las sospechas que se han amparado de mi espíritu... ¡Dímelos todo!... Tienes que darme una gran prueba de tu amor.

—Ten confianza en mí, Jorge, y no me interrogues más.

—Dime solamente con quién estabas en auto cerca de Saint-Hilaire... ¿De quién es la carta que te ha entregado Saint-Hirieux?

—Esa carta no era para mí.

—Sin embargo estaba a tu nombre... ¡Dámela!

—La tengo en mi secreter.

—Voy a buscarla.

Jorge de Kerlor se dirigió al tocador de su esposa, donde ésta tenía su secreter. Revolvíó

todos sus papeles y halló la malhadada carta que leyó frenético. Decía así:

Amor mío: ¡Qué feliz me siento desde que nos hemos vuelto a ver! Por fin tengo tu promesa formal de que huirás conmigo. El pensamiento de que tu vida de hipocresía y de mentira pronto tendrá fin, me llena de gozo. Todo está dispuesto para que abandones a tu esposo. Por fin nos vamos a reunir para siempre. En nombre de nuestro hijo tengo el derecho de exigir de ti el sacrificio de tus escrúpulos. Ya verás como vamos a ser felices los tres.

Por última vez firmo ante Dios, tu marido que te adora.

Jorge, furioso, fuera de sí, puso un revólver en su bolso y fué al encuentro de su esposa con aquel documento comprometedor.

—¡Miserable!—rugió Kerlor—. ¿Qué esperabas encontrar en esta carta para disculparte?

—Te lo diré todo. Esta carta, dirigida a mi nombre, era para Carmen. Es por causa de ella que he ido a Saint-Hilaire...

—¿No es bastante que me hayas hecho traición, que ahora acusas a mi hermana que se halla lejos?

—Jorge, te aseguro que esta carta era para Carmen ¡te lo juro sobre la cabeza de nuestro hijo!

—Carmen no tiene hijos y aquí se habla de uno, Juanito, que yo creía mi hijo, es un miserable bastardo.

Kerlor sacó el revólver y apuntó a su esposa gritando furibundo:

—¡Vete, vete, presiento que te voy a matar!... Sal, si no, disparo!

Loca de pavor, Elena fué retrocediendo hasta la puerta por la que desapareció.

Elena, con el corazón traspasado de dolor, encerróse en su tocador, anegada en lágrimas. Pensaba desesperada: "¡Dios mío!... Yo que he hecho todo lo posible para reparar los errores cometidos por Carmen y para librarla de amores nefastos; yo que, por el amor y el buen nombre de la familia Kerlor, me he sacrificado, librando a Carmen Kerlor del deshonor; yo que no he vivido más que para mi esposo a quien amo con delirio, me veo reputada por él como una vil mujerzuela... ¡Qué horror!"

Y sus ojos, convertidos en fuentes, pregonaban con palmaria elocuencia, el dolor de su espíritu amargado y de su corazón deshecho en un penar indescriptible.

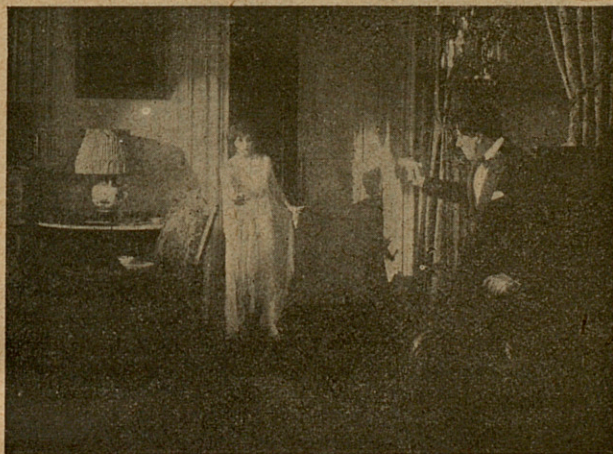
Jorge Kerlor, no menos apenado y con el espíritu y el corazón decaídos, encerróse en su despacho. Mil pensamientos cruzaron por su mente calenturienta: pensamientos y deseos de venganza. Así quedó varias horas hasta que el reloj señaló la una de la mañana. A esa hora parecióle oír ruido en la habitación próxima a la biblioteca. Una idea germinó en su espíritu:

—¿Quién sabe?...—pensó—. Si creyéndome ausente viniese "él" a estas horas... Habría llegado la de mi venganza. Veamos.

Empuñó el revólver y, sin hacer ruido, entreabrió la puerta. Un hombre aplicaba una lámpara sorda sobre la cerradura de un armario que forcejeaba para abrir. Jorge apuntándole con la pistola, pensó: —¡No es más que un ladrón!—luego le echó el ¡alto! El

ladrón se volvió y levantó los brazos aterrado, diciendo, con acento de lástima:

—¡Tenga piedad de mí, señor, tengo a mi pobre mujer enferma y seis niños pequeños hambrientos!



Loca de pavor, Elena fué retrocediendo hasta la puerta, por la que desapareció.

Caracol—que otro no era el ladrón—mentía; pero bien conocía el corazón humano al hablar así. Kerlor, que ya había encendido la luz, le miraba fijamente en los ojos como buscando leer los sentimientos de aquel hombre. De súbito una sonrisa satánica iluminó su rostro: una idea infernal había fulgurado en su mente torturada. ¡Sí, sí!—pensó—, será mi venganza.—Por fin, sonriente, tranquilo en apariencia, habló al ladrón:

—Cuando aquí te atreves a entrar a estas horas, bandido y ladrón de profesión debes ser.

—¡Señor!—exclamó humilde Caracol, bajando la cerviz.

—Nada temas, te voy a proponer un negocio que te va a resarcir con creces de lo que no me has podido robar.

—Haré lo que usted quiera.

—Te voy a entregar dinero en abundancia y un niño. Tú lo educarás y harás de él un ladrón como tú.

—Sí, señor.

—Quiero que te lo lleves lejos, donde quieras, donde nunca más vuelva oír hablar de él... Se trata de una venganza.

Jorge sacó de la cartera un fajo de billetes que entregó a Caracol y le dijo:

—¡Espérame aquí!

Kerlor fué a ver donde estaba su esposa para asegurarse tan horrible propósito. Al verla en su tocador cerró la puerta por fuera. Luego volvió a donde se hallaba el ladrón y le ordenó:

—Sígueme.

Ambos entraron en el cuarto donde Juanito dormía tranquilamente. Jorge de Kerlor, señalando el lecho de su propio hijo, dijo:

—Ese es. Arrebújale en las mantas y llévatelo.

Obedeció Caracol. El niño despertó sobresaltado y al reparar en la faz repulsiva del ladrón, dió unos chillidos agudos que llegaron al corazón de la madre como presagio de un crimen. Quiso salir Elena y forcejeó por abrir la puerta; pero todo fué inútil: estaba encerrada. Cuando Juanito se vió en los brazos de

aquel hombre, lloró acongojadísimo y, al ver al autor de sus días, gritaba sollozando:

—¡Papá! ¡Papá!... ¡Defiéndeme!

Mas Jorge con gesto despectivo, mandó:

—¡Huye si no quieres perder tu dinero!



—¡Tenga piedad de mí, señor. Tengo a mi pobre mujer enferma y seis niñitos hambrientos!

Y mientras Caracol huía con aquel niño tan inocente como su buena madre, Kerlor se horrorizó de su acción y se tapó los oídos para no oír los quejidos lastimeros de aquel angelito a quien abandonaba en poder de un ladrón.

Cometida esta iniquidad, Kerlor fué a abrir la puerta donde Elena estaba encerrada. La pobre madre voló al dormitorio de su hijo. Al verlo vacío, preguntó horrorizada a su esposo:

—¿Qué has hecho de nuestro hijo?

Con un rictus horrible de odio y furor Kerlor contestó:

—¡Bais a vivir felices los tres juntos; pues bien, el bastardo no será de la partida. Este ladrón le hará de padre y educará a tu hijo a su semejanza. Quizá un día lo halles en una cárcel o un presidio...

—¿Tú has hecho eso?

—¡Sí, es mi venganza!

Elena como herida por un rayo, falta de respiración, entornó los ojos y cayó inerte en el pavimento.

Aquella misma noche Kerlor fué a instalarse al Hotel Portland, donde, antes de salir para Marsella, escribió a su cuñado Saint-Hirieux explicándole todo lo acaecido, incluso su venganza, y terminaba así su carta:

Ahora lo sabes todo, mi querido cuñado. Guarda un secreto absoluto y que mi querida hermana no sepa nunca la verdad. Vale más decirle que Elena y su hijo han muerto en un accidente.

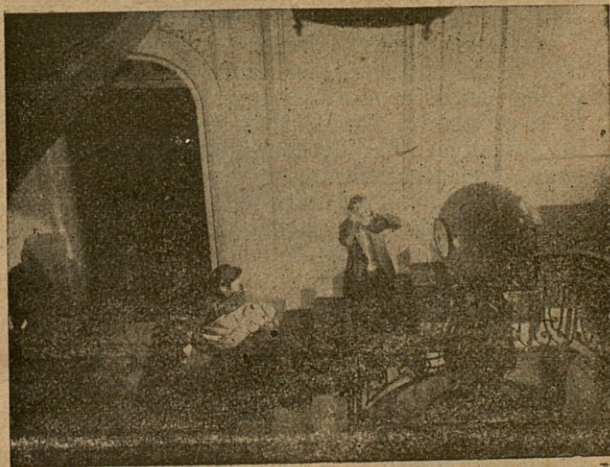
Cuando recibirás esta carta, estaré lejos, camino del Africa del Sur, donde espero hallar el olvido o la muerte. El Notario Durand que tú conoces, tendrá mis instrucciones.

Veinticuatro horas después, Kerlor estaba en el castillo de su nombre, donde su madre, presa de una congestión cerebral, vivió pocas horas.

Después de arreglar sus asuntos con el notario Durand, el conde se dirigió a Marsella donde debía embarcarse para el Africa.

Caracol llegó a su coche-barraca, donde,

ebrios del todo, le esperaban la tía Ceferina y Cachalote. Arrojó en la paja, como vil mercancía, al lado de Claudinet, el bulto humano que arrebujaado y dormido traía, y se sentó a la



Y mientras Caracol huía con aquel niño tan inocente como su madre, Kerlor se tapó los oídos...

vera de la mesa donde le aguardaban muchas botellas vacías a más de su esposa y su compinche, ambos con una merlucina cada uno de las que no entran dos en libra.

—¿Cómo ha ido el "rapis"?—preguntaron casi a coro los dos bebidos.

—¡De "órdago"!... ¡Un chico y...!

—¿Cómo un chico?—preguntó espantada Ceferina, esforzándose por abrir desmenuradamente sus ojos vidriosos.

—Te digo, borracha, que he traído un chico y una burrada de billetes de banco.

—¡A ver, a ver!—pidieron los dos beodos.

—¡Aquí tenéis!... ¡Contadlos si vuestra ciencia llega a tanto!—y Caracol desparramó sobre la mesa el fajo que le había dado Kerlor.

—¡Parte quiero!—gruñó Cachalote, mientras la tía Ceferina, levantando sus arremangados brazos al aire con gesto solemne y con la boca abierta hasta la exageración, berreó las primeras notas de la Marsellesa, desentonando lamentablemente:

—¡Vayamos, hijos de la Patria,
el día glorioso ya llegó!

—¡Calla, borracha!—ordenó Caracol con la amabilidad en él ordinaria.

—Pero tú has hablado de un chico—insinuó Ceferina.

Entonces Caracol contóles, con gran profusión de detalles, lo que ya conoce el lector, y terminó con estas palabras:

—Lo que más urge es levantar el sitio enseguida que amenezca y liar el petate, huyendo a otro departamento. Este país pudiera tener aires malsanos. De modo que, al amanecer, unciaremos los caballos y... ¡a vivir!

Fuéronse a dormir los tres. Cachalote y Ceferina quedáronse profundamente dormidos en seguida, atolondrados por los vapores del vino excesivo que habían bebido. Caracol tardó más en dormirse; le obsesionaba una idea, la de deshacerse de Cachalote a quien parecía ya no necesitar: así pasó varias horas.

La del alba sería cuando despertado por los primeros rumores de la naturaleza y por la luz de la aurora que sus pupilas hería, Claudinet, al estirarse en su mísero camastro, tropezaron

sus brazos en un objeto que la noche antes no tenía a su lado. Restregóse los ojos con sus manecitas, se incorporó y ¡oh sorpresa!, un niño de su edad, rubio como un angelito y hermoso como una niña, dormía con las manecitas cruzadas sobre el pecho.

—¡Qué hermoso es!

Acercó cuidadosamente, para no despertarlo, sus labios a las mejillas del dormido, y estampó en ellas un beso. Luego acarició amoroso, sus manecitas y lo besó otra y muchas veces hasta que Juanito de Kerlor abrió los ojos sobresaltado baluceando temeroso.

—¡Mainá!... ¡Mamá!...

—¡Yo soy Claudinet!—dijo el pillete ingenuamente y en tono cariñoso, estrechando las manos de Juanito— Y tú ¿cómo te llamas?

—Juanito... ¿Dónde está mamá?

Y al ver Claudinet que el niño rubio empezaba a hacer pucheros y que sus ojos se enturbiaban, acarició su rostro con tal expresión de cariño que Juanito se serenó. Los dos niños se abrazaron.

Llegó el tío Caracol y al verlos tan cariñosamente unidos, barboteó: —¡Vaya, ya se han presentado! ¡Mejor, más vale así!—Poniendo la cara avinagrada y el tono duro, gruñó, dirigiéndose a las dos criaturas, blandiendo en su mano una tralla:

—¡Arre!... ¡Arriba, perezosos!

Claudinet, acostumbrado a las bromitas que usaban sus dueños para espabilarle, dió un salto y, en un abrir y cerrar de ojos, estuvo vestido; bien es verdad que su indumentaria consistía en unos pantalones con más colores que los del arco iris, por lo remendados, una

zamarra llena de agujeros y unos zapatos viejos de hombre.

Como Juanito de Kerlor no se levantaba, Caracol le riñó en tono áspero:

—Tú, muñeco, has de saber que aquí, cuando la luz te despierta, debes levantarte. No sabes vestirme?

—Solo no, señor—contestó Juanito con su vocecita clara como susurro de arroyo y cantar de alondra—. Me viste Teresa.

—Pues aquí has de vestirme tú... ¡Buenos estaríamos!... Claudinet, éste se llama Fanfan ¿oyes?... Fanfan.

Claudinet quiso hablar; pero un ataque de tos se lo impidió, y sólo hizo un signo afirmativo con la cabeza.

Cuando se fué el tío Caracol, Claudinet dijo a Juanito, a quien desde ahora llamaremos Fanfan:

—Levántate, hermoso, yo te ayudaré a vestir; que si vuelve el tío Caracol te pegará. Yo también te quiero y vamos a ser muy buenos amigos. Te enseñaré a redoblar el tambor, a hacer el salto mortal, a birlar monederos... Ya verás...

Un ataque de tos seca, cavernosa, interrumpió la verbosidad de Claudinet, que estaba abrochando los pantalones de Fanfan, quien, desde ahora, iba a ser el hijo del tío Caracol y de la borracha Ceferina, tan hijo de ellos como Claudinet sobrino, y tan legítimo como lo era la unión matrimonial de los dos faranduleros.

La noche siguiente, Cachalote y su amiga Ernestina fueron de parranda, con el fin de echar una cana al aire, al garito con aparien-

cias de tupi tabernario denominado "Bar de la Bolée".

Caracol quería deshacerse de su colaborador que le rondaba demasiado los billetes de Banco, y no halló procedimiento más sencillo que el envío de un anónimo dirigido al jefe superior de policía indicando el paradero, aquella noche, del conocido ratero Alfredo Mussard (a) Cachalote. Y sucedió lo previsto por Caracol: la policía, aquella noche, apresó al ratero y a su cómplice Ernestina, que fueron encerrados en la cárcel con gran satisfacción del traidor Caracol, quien se quitó de encima un gran estorbo y disminuyó las bocas.

VI

Cuando, después de muchos meses de amnesia, Elena recobró su memoria, terrible tristeza mortal se apoderó de su espíritu. ¿Por qué su cuñada Carmen la había abandonado?—pensaba la pobre víctima.—¿Se habría sacrificado para salvar su propio honor?... Su único pensamiento estaba concentrado en esta idea: ¡hallar a su hijo! Sin dar albergue en su alma al sentimiento de aborrecimiento a su esposo Jorge de Kerlor por haber obrado tan duramente con ella, le disculpaba con una nobleza y un buen corazón dignos de una mártir; y es que ella le amaba. "Todas las apariencias me condenaban y me hacían parecer culpable a sus ojos. ¡Pobre Jorge!... ¡Cuánto habrá sufrido!..." No pensaba Elena que su esposo había obrado con precipitación y de un modo asaz imprudente, sobradamente injusto. ¡Oh

corazón magnánimo, espíritu sublime, cómo te agigantas ante tamaña desventura!

Han transcurrido varios años.

En la memoria de Juanito de Kerlor, que respondía al nombre más breve de Fanfan, los recuerdos de su primera infancia se han borrado por completo. Se cree hijo de Caracol y de Ceferina, a quienes aborrece y, según cree, se aumenta en él ese aborrecimiento hacia aquellos dos seres que le maltratan sin piedad. Todo su afecto se ha reconcentrado en Claudinet, su compañero de infortunio, a quien ama entrañablemente y a quien cuida con un cariño de hermano. Por él se desvive, por él se quita el pan de la boca: nunca dos hermanos se quisieron con tales muestras de cariño.

Aquel día Fanfan y Claudinet habían salido de mañanita con la doble finalidad de pedir limosna y robar lo que pudieran, pues sus supuestos padres y tíos, respectivamente, les esperaban, y aguardaban los productos de lo recaudado para comer.

Los dos pilletes se hallan en la Plaza de la Concordia al lado de las escalinatas del Metro. Claudinet, con su sombrero en la mano, con el torso encogido en forma de paréntesis y con una tos contumaz, da lástima verlo. Fanfan, blancucho también, con su gorra que tiende a los que suben y bajan por las escalinatas, impetra la caridad con voz doliente:

—¡Caballero, cinco centimitos para mi hermanito enfermo!... ¡Señor, tenga usted compasión de mi pobrecito hermano que está malito!... ¡Unos centimitos para comprar un panecillo a mi hermano que tiene hambre!...

Subía las escaleras del Metro, leyendo un diario, un señor grueso que se paraba en cada

escalón, para respirar con fuerza, como fatigado. En un bolso exterior de su gabán llevaba una bufanda de lana. Fanfan al verle y fijarse en ella, dijo a su compañero:

—¿Ves ese señor que sube?... Tiene una bufanda de lana que te vendrá al pelo. Déjale subir. Yo me encargo de él.

Llegó el grueso lector y Fanfan le puso su gorra delante de las narices recitándole toda la letanía de su lamentación. El transeunte, sin ni siquiera mirarle, fué a sentar a un banco cercano. Fanfan, por detrás, le estiró la bufanda y echó a correr diciendo a Claudinet:

—¡Corre!... ¡Bajo el puente!

Allí fueron. Con gran cariño, Fanfan rodeó el cuello de su compañerito con la bufanda robada, diciéndole:

—Así no tendrás frío ¿verdad?... Vámonos al chami.

Y al chamizo de sus llamados padres y tíos se dirigieron.

Caracol tenía alquilada desde hacía tiempo una casucha en uno de los barrios misérrimos extramuros de París.

En ella estaban sentados a la mesa, ante unas botellas de vino, cuando llegaron Fanfan y Claudinet.

—No entres, Claudinet—mandó Fanfan cogiendo por el brazo a su enfermizo compañero—; hoy no traemos parné y siempre estamos a tiempo de recibir los latigazos.

—Ya te decía yo—prosiguió Claudinet, entrecortando la frase por un ataque de tos—que no compraras eso... Ya verás como nos pegarán por ello.

—Es una botella de aceite de hígado de

bacalao... Eso te curará, Claudinet... Ya la esconderemos...

Los niños se sentaron.

—Toma un traguito — prosiguió Fanfan—, eso te hará bien.

Y destapando la botella se la entregó a Claudinet, quien la empinó, y después de haber probado el líquido, hizo ascos de repugnancia.

—No importa que no te guste, Claudinet, debes tomarlo para curar. ¡Bebe otro traguito!

En aquel momento, la tía Ceferina se impacientaba por la tardanza de los chicos y dijo a su marido:

—Esos mocosos nos van a dejar hoy sin comer.

—Tendré que hacer correr el látigo—contestó Caracol, levantándose y asomándose a la ventana—. Mira, Ceferina, allí están los dos pilletes empinando el codo.

—¿Cómo se entiende?—refunfuñó furiosa la borracha, saliendo de la barraca en compañía de Caracol; y, yendo hacia donde estaban los niños, puesta en jarras y meneando la cabeza, dijoles: —Con que... ¿vino, eh?... ¡Habrás visto!... Trae aquí esa botella.

La tía Ceferina bebió y de poco echa las tripas de náuseas, con gran alegría de Fanfan, que exclamó:

—¡Es aceite de hígado de bacalao para que Claudinet no tosa!

La tía Ceferina arrojó la botella al suelo, haciéndola añicos y dijo furibunda:

—¿Para que no tosa?... Entonces tú quieres quitarnos nuestro ganapán? Tú también deberías estar enfermo como él.

Aquella misma mañana se presentó Cacha-

lote en casa de Caracol con gran extrañeza de éste que le creía en la cárcel.

Los ladrones determinaron trasladarse en su coche-habitación a Neuilly-sur-Seine, para trabajar durante la fiesta mayor.

El señor de Saint-Hirieux había muerto en América. Carmen, su esposa, al recoger los documentos que habían pertenecido a su esposo, halló la carta que Jorge de Kerlor escribiera a su cuñado a raíz del rompimiento con Elena, y lo comprendió todo: por su causa, su cuñada, ¡pobrecita!, había sufrido un martirio indecible, y pensó en reparar el mal que la había causado. Se embarcó para Francia.

Al llegar a Neuilly-sur-Seine se enteró por José, único guardián, con Teresa, del palacio de los Kerlor, que su hermano Jorge había marchado a Africa y Elena vivía en una pensión del Boulevard Bineau, cuya dirección le dió José.

Carmen, sin pérdida de tiempo, dirigióse a ver a su desgraciada cuñada. La entrevista fué verdaderamente emocionante.

—¡Cuánto has tardado, Carmen!... ¡Qué mal me has hecho!

—Lo ignoraba todo, Elena. Mi esposo ha muerto y me he enterado de su trágica historia por una carta que Jorge escribió a Saint-Hirieux; en ella le contaba cuanto ha pasado entre vosotros dos y le decía que me hiciese creer que tú y tu hijo habíais muerto.

—¡Pobre hijo mío!

—¿No sabes nada de él?

—Todos los días salgo en su busca; pero... ¡hace ya tantos años!

—¿Sabes lo que he pensado, Elena?... Voy

a escribir a mi hermano Jorge, contándole mis amores con Roberto y la existencia de mi hijo y así poderle probar tu inocencia.

—Haz lo que quieras; pero si no me devuelves mi hijo no quiero saber nada de él.

—El sabrá, sin duda, dónde puso a Juanito y, ¿quién sabe?, quizás le vuelva a hallar. Hoy mismo le escribiré, pues sé dónde se halla actualmente.

Aquel día, después que Carmen hubo escrito a su hermano, las dos cuñadas salieron juntas para ir a misa a la parroquia de la Magdalena. A ambos lados de la puerta, Claudinet y Fanfan impetraban la caridad. Mientras Carmen penetraba en el templo, Elena, compasiva, depositó su óbolo en el sombrero que le tendía Claudinet y en la gorra de Fanfan, de su propio hijo. Claudinet tosía de tal modo que la buena señora, con el corazón apenado, se le acercó:

—Tú estás enfermo, hijo mío.

—Sí, señora, me duele mucho el pecho—contestó Claudinet poniendo su mano izquierda sobre el pecho y guiñando el ojo a Fanfan para que se fijara en el monedero que Elena llevaba colgado en la muñeca. Luego tosió con más fuerza para distraer la atención de la señora, mientras Fanfan abrió el monedero de ella y, con destreza, le sustrajo el limosnero de plata.

Cuando Claudinet vió que su compañero había robado el limosnero, se desasíó de Elena, que le había rodeado con su brazo, y los dos pilletes echaron a correr.

En aquel momento salía Carmen del templo para buscar a su cuñada.

—Mira que tienes el bolso abierto.

—¡Oh!... Me ha desaparecido el portamonedas. Deben haber sido aquellos granujillas...

—Ya ves... ¡compadécete de los miserables!

En aquel momento un gendarme traía cogidos a los dos pilletes. Al ver a las señoras, les preguntó:

—¿Es de alguna de ustedes este portamonedas?

Elena, compadecida de los chiquillos, miró a Carmen con intención y le dijo:

—¿Verdad que no es éste mi portamonedas?

—No; no es éste—contestó Carmen.

—Puede usted dejárselo, pobrecito — dijo Elena al gendarme—. Es suyo.

El gendarme devolvió a Claudinet el portamonedas y dejó en libertad a los pilletes. Estos, al marchar, decían:

—¡Qué buen corazón tiene esa señora, Claudinet!

—Esperemos que salga de misa y se lo devolveremos.

Media hora después salían Carmen y Elena de la iglesia. Los pilletes se acercaron a ellas, con aire compungido, y dirigiéndose a Elena, Fanfan le dijo:

—Queremos hablar a solas con la señora.

—Yo me adelanto—dijo Carmen.

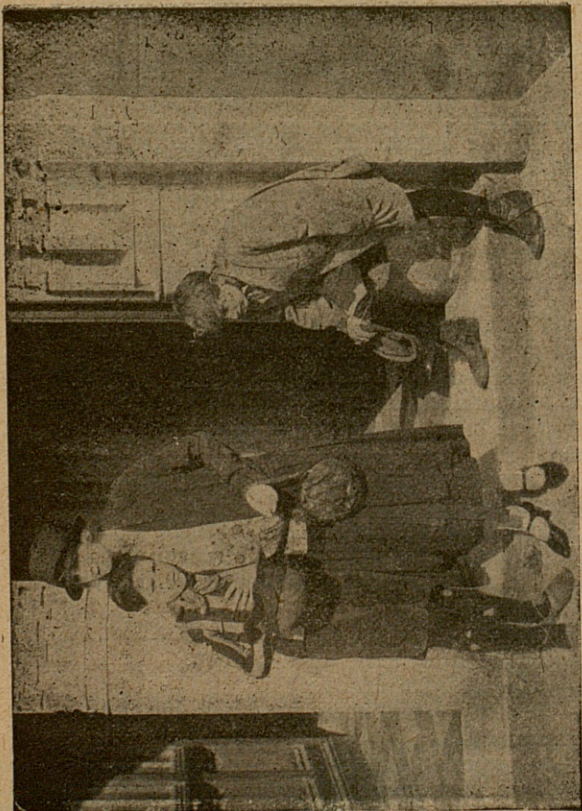
—¿Qué queréis decirme?

—Señora — balbuceó Fanfan—, he aquí su portamonedas.

—No queríamos robarle a usted... Mi primo está muy malo, yo debía comprarle una medicina y como no teníamos dinero...

—¡Pobrecitos!—pronunció Elena con lástima—. Tomad esto para la medicina y para el médico.

Y les alargó un billete de Banco.



Claudinet tosa de tal modo que la buena señora, con el corazón apenado se le acercó.

—Gracias señora—dijo Fanfan—; ¡es usted muy buena!

—Os voy a dar la dirección de mi domicilio en París. Si algún día vais a la capital, venid a verme.

Elena, en una de sus tarjetas, escribió con lápiz la dirección de su domicilio en París y se la entregó a Fanfan.

—¡Muchas gracias, muchas gracias!

—¡Adiós, hijos míos!... Y tú, cúrate pronto... ¡Adiós!

—Usted lo pase bien y... ¡muchas gracias!

Alegres como dos pinzones, Fanfan acompañó a Claudinet a casa de un médico quien le auscultó y le recetó; luego fueron a la farmacia donde se hicieron preparar la receta.

Caracol, Cachalote y C.^a habían ido a Neuilly-sur-Seine con el fin de ver si podían sacar juego a las famosas cartas que el primero conservaba en su poder. De estas cartas hablan los tres personajes a la puerta del coche-habitación sentados alrededor de una mesa, mientras dos pilletes, sentados en el suelo, al lado de una caja que les sirve de mesa, comen la misera menestra. Los niños oyeron como hablaban de unas cartas y se guiñaron el ojo. La tía Cefarina comprendió que los chicos escuchaban y se lo advirtió a su marido, entonces Cachalote se volvió y pegó un puntapié a Claudinet, tan brutalmente, que la pobre criatura tuvo un ataque de tos.

—Idos a comer allí, con el caballo.

Aquella acción tan inoble exacerbó de tal modo a Fanfan que aquella noche decía a Claudinet

—¡Tenemos que escaparnos!.. Antes que morir a golpes, debemos huir.

VII

Habían transcurrido dos meses desde que Carmen escribiera a su hermano Jorge, cuando aquélla recibió un telegrama concebido en estos términos:

Señora Viuda Saint-Hirieux.—Castillo de Kerlor.—Llegaré mañana por la noche. — Jorge.

Al mismo tiempo José, el antiguo criado, recibió otro parte:

José Touneret. — Castillo de Kerlor. — Llegaré mañana noche. Prepárame habitación en el Pabellón. Sal solo estación. No nigas nada.—Kerlor.

Al día siguiente, a la llegada del tren, Caracol, como de costumbre, estaba de observador en la estación y vió llegar a Kerlor.

Cuando éste estuvo en el pabellón, edificio separado del cuerpo principal del palacio, mandó a José:

—Di a mi hermana que la espero.

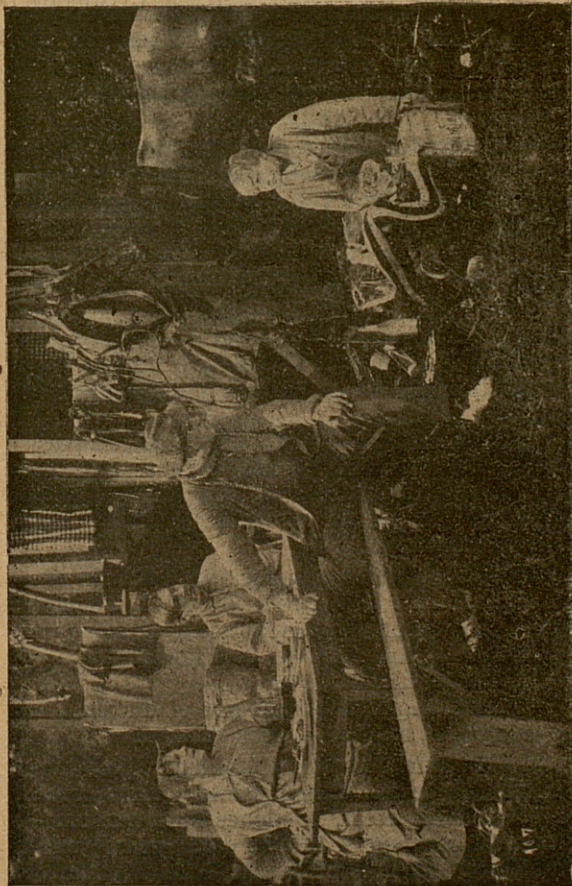
Obedeció el doméstico. En aquel momento Carmen y Elena estaban juntas.

—Elena—dijo Carmen—, mi hermano ha llegado y me llama; yo te prometo que te lo traeré.

—¡Ya veremos!... ¡Ya veremos! — contestó tristemente la desconsolada madre.

Después de abrazarse los dos hermanos, Carmen le dijo, sin más preámbulos:

—Jorge, por mi sola falta, has cometido el más espantoso de los errores... ¡Yo sola era culpable! La carta dirigida a Elena era para



Entonces Cachatote se volvió u pegó un puntapié a Claudinet...

mi... Aquella carta era de Roberto d'Alboise, que tú bien conoces, y con quien he tenido yo un hijo: esa es toda verdad. Tu esposa es inocente. ¡Pobre mártir!... Y debes rehabilitarla enseguida, si no quieres que yo me muera de pena.

—Mira, Carmen, tu esposo ha muerto, d'Alboise creo que está también en lejanas tierras, ignoro su paradero y tú te quieres sacrificar por Elena. Te acusas, pero mientes!

—¡Te juro, Jorge, que digo la verdad!

En aquel momento entró Elena y dijo a su cuñada:

—Ya ves, Carmen, que Jorge no te cree.

—Elena—pronunció Kerlor—, no sabes cómo yo quisiera creer, porque ¡siempre te he amado!

—¿Usted se atreve a hablarme así después de lo que ha hecho! Yo me presento ante mi verdugo con la frente alta, con los ojos diáfanos... Jorge, lea en mi frente y en mis pupilas mi inocencia.

Aquellas palabras pronunciadas con la noble dignidad de la matrona ofendida, conmovieron el corazón de Kerlor, quien se adelantó a su esposa, balbuceando con timidez:

—¡Perdón, Elena!

—Quizás llegue a perdonarte el día en que me entregues mi hijo que es el tuyo.

—Lo buscaré, lo buscaré, Elena; pero dame pruebas de que eres inocente. Quiero creer.

—Si quieres creer, no tienes más que escuchar a tu conciencia. Ella te dice que soy inocente; por eso, aunque la venganza, hija de tu espíritu, te haya impulsado a cometer la mayor de las villanías, tu corazón no ha dejado de

amarme, por un sentimiento, reflejo de tu conciencia.

—Tienes razón, Elena, te amo; pero...

—Me crees culpable.

—¡Perdóname!

—¡Devuélveme mi hijo!

Elena y Jorge vivieron en el mismo palacio Kerlor; pero separados de alma. Faltaba el lazo que uniera sus corazones: su hijo amado.

Kerlor recibió al día siguiente de su llegada el siguiente anónimo:

Señor conde de Kerlor: Si usted quiere tener noticias del pequeño, que me fué confiado hace ocho años en su palacio, venga solo a las nueve de la mañana, a los Tres Caminos.—Un amigo de la familia.

El conde de Kerlor acudió a la cita y entrevistóse con Caracol. Cachalote asistió escondido cerca de donde se entrevistaron. Caracol recordó a Kerlor la entrega del niño que le hizo años antes; y el conde prometiéndole una buena cantidad si al día siguiente le devolvía el niño, lo que le prometió el aprovechado ratero.

Durante la noche de aquel día, los dos píletes determinaron escaparse; pero Claudinet dijo a su compañero:

—Yo no podría seguirte; más vale que tú huyas solo y vayas a ver a la buena señora de la iglesia.

—¿Cómo quieres que te abandone, Claudinet?

—Tú escápate y cada noche vete a dormir bajo el puente donde íbamos juntos, y cuando yo vuelva con mis tíos a París, iré contigo, ¿no te parece?

—Bueno, me iré; pero no dejes de tomar el aceite de hígado de bacalao.

A la madrugada, los dos niños se abrazaron efusivamente y Falfan, metiendo su misera ropa en un saquito, huvó, salvándose de los malos tratos de quienes él creía sus padres.

Tanto la tía Ceferina como el aprovechado Caracol, se disponían, con sus mejores galas, para acompañar al palacio de Kerlor al niño que hacía ocho años tenían como hijo. Al no hallar a Fanfan, preguntó Caracol

—Claudinet, ¿dónde está Fanfan?

—No lo sé. Ha marchado porque ya está hartó de tantos golpes y de hacer cosas feas.

A este latigazo contestó Caracol con otro no tan metafórico y más contundente.

—No pegues a nuestro querido pequeño— manifestó la tía Ceferina, cogiendo del brazo a su esposo y guiñándole el ojo—, porque vamos a devolverlo a sus padres.

Comprendió el ladrón que Ceferina le proponía hacer pasar a Claudinet como hijo de Kerlor y alabó la idea; pues de ningún modo podía conocer el conde la sustitución: los niños se transforman completamente con los años.

Kerlor había comunicado a su hermana que aquella mañana recuperaría a Juanito, y encargóla de avisar con prudencia a Elena para que el golpe no fuera contraproducente.

A la hora convenida, Caracol, indumentado con la levita que usaba los días en que su barraca se convertía en palacio de la Princesa Ceferiniana, y su gruesa esposa, muy perifoneada con sombrero de vistosas flores, llevaron a Claudinet, vestido ridículamente con los mejores trapitos que pudieron, a casa del conde

de Kerlor, sustituyéndolo al verdadero Juanito, que había huido.

Cuando se presentó el señor de Kerlor, Caracol con mala cara, como el hombre que hace un gran sacrificio, dijo sencillamente:

¡Aquí lo tiene usted!

—¡Qué duro trance!—exclamó Ceferina secándose unas lágrimas fingidas—. Desqués de tantos años, empezaba a imaginarme que este querubín me pertenecía.

—¿Es cierto que es usted mi padre y que yo no volveré con estas malas personas?

—Sí, hijo mío, sí; soy tu padre... Esperen un momento, voy a avisar a su madre.

Llegó Elena corriendo y se arrojó a los brazos de Claudinet con un transporte de verdadera locura.

—¡Hijo mío!... ¡Mi pequeño Juan!

—¿Vos mi madre?... ¡La dama de la iglesia!

—¡Ven, hijo mío, ven.

Kerlor pagó espléndidamente a Caracol y éste marchó con Ceferina, riendo interiormente y pensando: "Aún caerá otro momio; buscaré al verdadero Juan y le sacaré otras cincuenta mil del ala."

Se vistió a Claudinet con el lujo que correspondía a su rango y se preparó su habitación, la misma en que ocho años antes se había llevado a cabo el rapto de Juanito, donde éste tenía el armario de sus juguetes.

Por la noche—después de acostado Claudinet— Kerlor, Elena y Carmen, contemplan aquel rostro amarillo, aquel pecho respirando fatigosamente. Con sus pupilas convertidas en fuentes, Elena martilleó el corazón de su esposo con estas palabras:

—¡Jorge, contempla tu obra!

—Aún dudo, Elena dame pruebas...

—Elena es inocente—replicó Carmen—, ¡te lo juro!, y su hijo es el tuyo.

—¡No digo eso!... ¡No me atrevo a creerte, eso sería horroroso.

.....
Elena hizo venir de París a los especialistas de más renombre. El primero que visitó al niño dió a los señores de Kerlor impresiones muy pesimistas.

—¡Tengan ustedes ánimo, señores, pienso que este niño no puede curar!—decía el doctor a los señores de Kerlor, mientras Claudinet escuchaba detrás de la puerta—. Quizá podamos prolongar su existencia con grandes cuidados.

Al oír estas palabras, Claudinet tuvo un desvanecimiento.. Acudieron los Kerlor con el médico y acostaron el enfermo.

—¡Si muere, no te perdonaré nunca!—amenazó con aire siniestro Elena.

Al día siguiente, el célebre doctor Morian atravesaba el jardín en compañía de Kerlor. Elena y Claudinet le vieron y éste dijo:

—Mamá, allí viene el doctor Bombón.

—Este es el enfermo—dijo Kerlor, señalando a Claudinet.

—Doctor Bombón—habló el niño—, ¿ya no tiene usted la caja que se abre soplando?

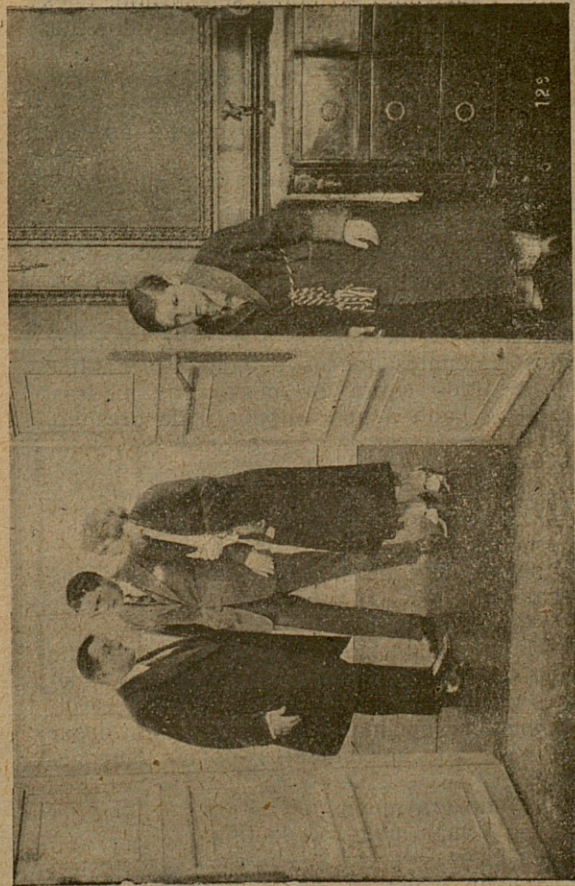
—Sí, hijo mío—el doctor púsole ante la boca una bombonera—. ¡Sopla!

—¿Se conocen ustedes?

—El doctor Bombón me cuidó en el Hospital de París.

—Hablas de tiempo, porque ya hace más de diez años que no estoy en el Hospital.

Elena y Kerlor se miraron. Si el médico no



...decía el doctor a los señores de Kerlor, mientras Claudinet escuchaba detrás de la puerta...

mentía, aquel niño no podía ser su hijo, pues aun no se habían cumplido los diez años que Caracol se lo había llevado.

Cuando hubo salido el doctor Morian, Elena se quejó amargamente a su marido:

—Me has engañado indignamente: éste no es mi hijo.

—Yo buscaré a ese granuja que me ha engañado.

Cachalote tenía la misión de buscar a Fanfán y para este fin fué a París, recorriendo las márgenes del Sena, sobre todo, bajo los puentes, donde pernoctan, a la bella luna, las gentes maleantes que no disponen de habitación. Sentado sobre un montón de piedras, Cachalote halló a un compañero de presidio, fácil de reconocer por su cabeza completamente moronda como un huevo.

—¿Tú?... ¿Espinilla? ¿Qué haces aquí?

—Maldiciendo a toda la casta de pilletes... ¡que mal rayo los parta!... ¡Mira!

Y señaló su cabeza pelada donde tenía una descalabradura.

—¿Quién te lo ha hecho?

—Un pescador tenía un pan a su lado, un granujilla quiso birlárselo; pero yo me adelanté y mientras me lo estaba jalando, el pillete me echó encima un saco de carbón desde lo alto de aquellos maderos, poniéndome negro.

—¿Cómo era aquel pillete?

Rubio y más malo que la tiña.

—Es él.

—¿Quién es él?

—El chico a quien busco. Ven que me ayudarás a encontrarlo.

Después de buscar a Fanfán inútilmente, Cachalote y Espinilla fueron a la barraca de Caracol.

Cansado Fanfán de esperar en vano cada noche a Claudinet, y falto de recursos, recordó que guardaba en su poder la tarjeta de la dama de la iglesia y fué al domicilio indicado en ella. Allí le dijeron que la señora condesa de Kerlor vivía en Neuilly, y allá se fué. Llegó a las puertas del palacio Kerlor entrada la noche. Llamó a la verja y salió el conserje.

—¿La señora condesa de Kerlor?

Un puntapié fué la respuesta del conserje, quien le dió con la puerta en las narices.

—Bien está—se dijo—, yo he de hablar a la dama.

Saltó la verja; adelantóse a la casa, donde de una ventana del entresuelo abierta, salía un haz de luz que se proyectaba sobre el jardín. Escaló, observó y no vió a nadie. Penetró en la habitación y llegó a sus oídos una voz harto conocida. Buscó y un grito agudo se escapó de su garganta.

—¡Oh!... ¿Tú?... ¿Mi Claudinet?... ¿No sueño?

—¡¡Fanfán!!!

Arrojáronse uno en brazos del otro y así quedaron unidos en un abrazo inconsciente. Luego Claudinet contó a su compañero su odisea.

—Soy rico, he encontrado a mi mamá, es aquella buena dama de la iglesia.

—¡La del portamonedas!... ¡Qué suerte!

—Tengo también un papá y... ¡un reloj!

—¡Oh!... ¡Aquí debes comer bien!... Pues

mira, ya hace dos días que no he jalado nada...

—¡Ya verás!

Claudinet tocó un timbre y un criado con librea se presentó diciendo:

—¿Qué desea el señor vizconde?

—¿Pero tú eres vizconde?—dijo extrañado Fanfán.

—Di a José que venga—mandó Claudinet.

Llegó José, a quien Claudinet ordenó se sirviera cena para él y su amigo Fanfán, y se pusiera otra cama en su dormitorio para éste. Como los señores de Kerlor estaban ausentes y no regresarían hasta muy entrada la noche, José obedeció y Fanfán y Claudinet sentáronse a la mesa ante exquisitos manjares que Fanfán devoró con avidez.

—¿Recuerdas, Fanfán, que el tío Caracol siempre hablaba de unas cartas que él tenía en su baúl?

—Sí, lo recuerdo—contestó Claudinet.

—Pues ayer oí decir a mi mamá que había perdido unas cartas.

—Yo las recuperaré.

Fanfán durmió aquella noche como no recordaba haberlo hecho en su vida. De madrugada despertó la tos de Claudinet. Levantóse y examinó la habitación. Abrió el armario donde se encerraban los juguetes, y al ver los monigotes pintados en la puerta, por una coordinación de ideas, recordó aquella escena de su infancia: él había pintado aquello, su mamá le había reñido y él pidió perdón. "Sí, sí, —se decía—yo soy el hijo de esta casa; pero no diré nada... ¡Pobre Claudinet, se moriría de pena!".

Oyó ruido y corrió a meterse en cama simulando dormir. En aquel momento, Elena en-

tró en el cuarto y contempló a Fanfán. "Este es el otro, se dijo, y le besó. Luego fué a la cama de Claudinet y también le dió un beso; pero despertó éste y dijo a la que creía que era su madre:

—Mamá, mira, Fanfán duerme aquí. ¿No te enfadarás y lo querrás como a mí?

—Sí, hijo mío, sí. Os querré a los dos como si fueseis mis hijos.

Oyólo Fanfán y se alegró.

Aquel día Kerlor había recibido un escrito de Caracol para que fuese aquella tarde a su casa, **donde le entregaré el verdadero hijo, pues el que tiene en su poder es falso.** Así decía la carta.

Kerlor acudió a la misera guarida con el revólver en la diestra, amenazando a los tres personajes que se hallaban reunidos: Caracol, Cachalote y Espinilla. Caracol se escudó tras su pobreza y prometió la entrega del niño mediante el pago por parte de Kerlor de cincuenta mil francos. Kerlor accedió; guardó su revólver en el bolso de la americana; se sentó para firmar el cheque y, entonces, Caracol le quitó el arma, obligándole a firmar un cheque de cien mil francos. Firmado el cheque por esta cantidad, y ya el documento en poder de Caracol, los tres hombres se arrojaron sobre Kerlor, le ataron y pusieronle en una habitación inmediata.

—Señor conde—manifestó cínicamente Caracol—, espérenos hasta que hayamos podido cobrar este documento; pues si usted sale de aquí antes que nosotros... ¿quién sabe?... Pudiéramos no cobrarlo.... Y en cuanto al moco-so que le debo devolver, sepa usted que... ¡a

la vuelta lo venten tinto!... pues el ladronzuelo ha huído.

Rugió Kerlor. En aquel momento llegó la tía Ceferina, completamente beoda y Caracol le mandó:

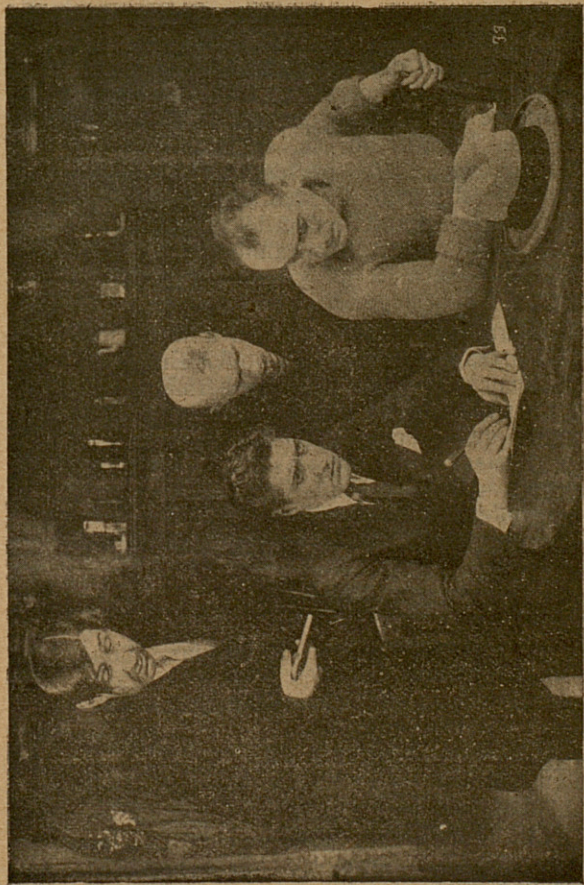
—Siéntate aquí, borracha, y guarda a ese hombre hasta que volvamos.

Los tres rateros fuéronse, quedando sola Ceferina como centinela del conde de Kerlor.

Fanfán, que había prometido rescatar las famosas cartas, había ido a casa de Caracol, y la espiaba de lejos. Vió entrar a la mujer borracha y salir a los tres hombres. Penetró en la casa por una ventana y fué derecho hacia el lugar donde sabía se hallaba el baúl. Lo abrió delante de Ceferina, quien seguía empujando el codo.

—Por fin has llegado, granuja... ¿Qué andas buscando aquí?—le dijo Ceferina.

El rapazuelo sin contestar, buscó el fajo de cartas y cuando las tuvo, quiso huir; mas en aquel momento la tía Ceferina se abalanzó sobre él tambaleándose y le asió fuertemente. El chico forcejeó y pudo desasirse. En aquel momento oyó gritos de socorro en la habitación vecina. Penetró en ella y reconoció a Kerlor como dueño de la casa donde había dormido. Deshízole las ligaduras y los dos iban a escapar; pero en aquel instante llamaban a la puerta y huyeron hacia el tejado. La tía Ceferina, armada con un hacha, hirió en un brazo con ella a Kerlor. Este y Fanfán, que era su hijo, huyeron por el tejado perseguidos de cerca por Caracol y sus dos compañeros. Kerlor y Fanfán llegaron al Sena que atravesaron por el puentecillo de una esclusa. Cuando ellos llegaban a la otra orilla, los tres la-



Se sentó para firmar el cheque y entonces, Caracol le quitó el arma.

drones entraban en el puente. Kerlor cayó exánime, sin fuerzas, por la pérdida de sangre de la herida que le causara la tía Ceferina. Fanfán se vió perdido; entonces agarró fuertemente la manivela que servía para abrir la esclusa y logró abrirla, en el mismo momento en que los tres perseguidores llegaban a la mitad del puente. Caracol dió un salto para asirse a la segunda parte del puente que se abría y cayó al agua. Entretanto Fanfán ayudó a levantarse a Kerlor y huyeron, pudiendo tomar un taxi y llegar a casa del conde.

En el trayecto, Fanfán mostró a Jorge Kerlor las cartas que traía en su poder. Era la correspondencia cruzada entre su hermana Carmen y su amante: la prueba irrefutable de la inocencia de su buena esposa.

Aquel mismo día, mientras Elena estaba en el jardín, acercósele Fanfán.

—¿Dónde vas, Fanfán?

—No me llames Fanfán, yo soy Juan Kerlor.

—¿Cómo?

—Sí, mamá; soy tu hijo.

—Pero...

—Te lo voy a probar. ¿Recuerdas, mamá, que siendo yo muy pequeño pinté unos muñecos en la puerta donde están guardados los juguetes en el dormitorio?

—Sí, sí, lo recuerdo... y yo....

—Tú me reñistes.... Yo me arrodillé, junté mis manos y te pedí perdón.

—¡Hijo de mi alma!... ¡Qué felicidad!... ¡Juanito de mi vida!... Vamos a ver a papá que tendrá una gran alegría.

—Un favor te pido, mamá, y es que quiero que Claudinet no sepa que soy tu hijo y que

le quieras y viva con nosotros. El me ha querido siempre.

—Sí, hijo mío, sí; delante de él te llamaré Fanfán.

Madre e hijo se dirigieron presurosos a ver al señor de Kerlor.

—Jorge aquí tienes a Juanito.

—¿Cómo?

—Sí, sí; es nuestro hijo... Ahora me acaba de dar la prueba de ello.

—Tú eres mi padre; ahora lo recuerdo todo —exclamó el niño, cogiéndose del brazo de Kerlor—. Mi recuerdo se ha despertado en el cuarto de los juguetes, ante los que yo tenía cuando era chiquitín, al ver aquellos monigotes pintados por mí, que me valieron una repulsa de mamá... Sí, sí, yo soy Juanito.

—¡Hijo mío, perdón!—clamó el conde corriendo al niño y abrazándole con transporte de inenarrable alegría y con lágrimas de felicidad.

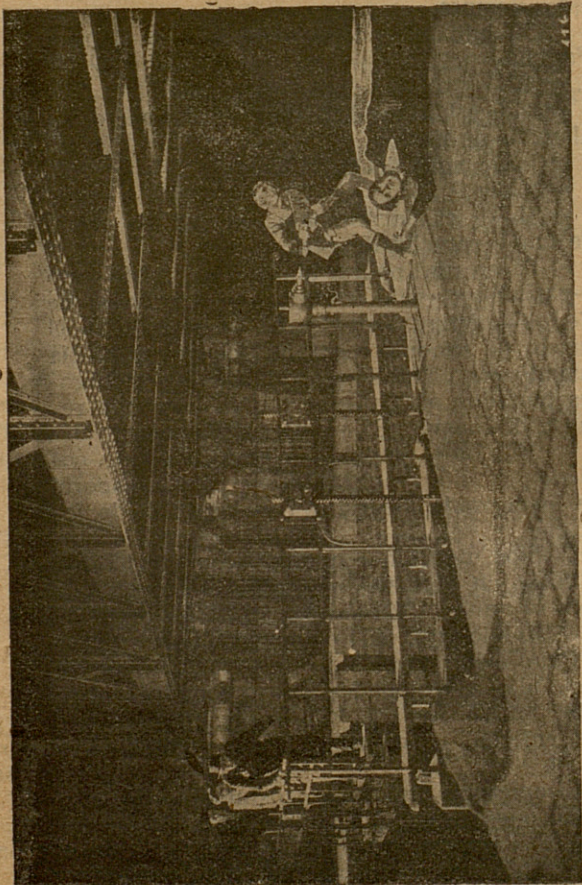
—Papá, tienes que querer a Claudinet como si fuese un hermano mío y hacerle creer que eres su papá... ¿Verdad que lo harás, papaito?

—Sí, hijo mío, sí; lo que tú quieras.

Para evitar entristecer a Claudinet que se creía hijo de los condes y para complacer a su hijo, los señores de Kerlor fingieron delante del enfermo y se hacían pasar como padres de él.

El enfermito tuvo que acostarse antes de la cena, pues su salud se agravaba por momentos, y cuando el verdadero hijo de los condes se acostó, a su vez, Claudinet aparentaba dormir embozado entre las sábanas.

Elena se acercó al enfermito y le acarició



...entonces agarró fuertemente la manivela que servía para abrir la esclusa...

le mejilla; luego fué a la cama de su hijo y le besó repetidas veces. Claudinet lo vió y se estremeció en un temblor convulsivo, y más cuando oyó que la dama que él creía su madre despidióse de Fanfán:

—¡Buenas noches, Juanito, hijo mío!

Entonces lloró amargamente; y, para apagar sus sollozos, se tapó con la sábana que mordía. “¡Dios mío, qué solo estoy en el mundo!”—monologaba con desesperación—. “¡Sin padres, sin hogar, sin salud!... ¡Quiero irme al cielo, quizás allí hallaré a mi madre!”.

En la soledad de la noche, su alma, transida de pena, deseó la muerte; y sus ojos hechos fuentes regaron su lecho con lágrimas de desconsuelo.

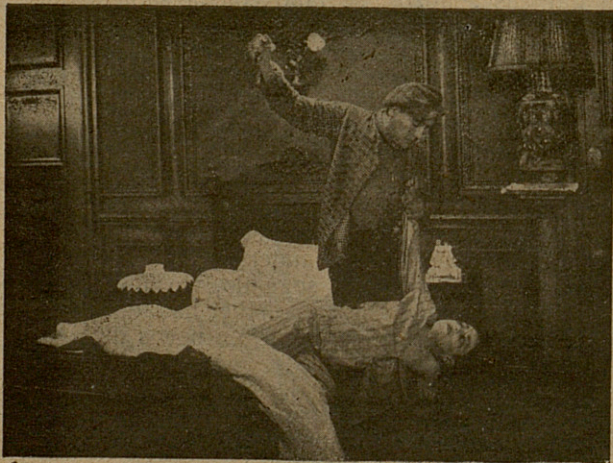
Llegaba, como el ciervo sediento, a la fuente cristina del regazo materno, ávido, sediento de cariño, y en un segundo, vió huir de su vera la felicidad que creía haber hallado. ¡Golpe terrible que debía minar, en pocos días, su mezuquina naturaleza.

Cuatro días transcurrieron sin que Claudinet manifestara sus sospechas. Fanfán redoblaba sus muestras de cariño hacia él y le prevenía con mil delicadezas.

Claudinet se agravaba por momentos. Aquella noche tampoco pudo bajar a cenar. El señor Kerlor había hecho las paces con su esposa, a quien pidió perdón. Cenaron juntos los esposos y el hijo que ya creían perdido. Después de cenar el señor Kerlor telefoneó a la policía para enterarles del domicilio de la banda de estafadores. No tardaron en personarse en casa de Kerlor diez agentes de policía al mando de un teniente.

Mientras el señor Kerlor estaba con los agentes, Cachalote y Espinilla penetraron en el jardín del palacio del conde de Kerlor.

Claudinet estaba solo y despierto, y tenía la luz del dormitorio abierta. Vió la figura de



—Dime donde está Fanfán, si no, te mato.

Cachalote en el marco de la ventana y se le heló la sangre; se le anudó la garganta y no pudo ni gritar. Cachalote con un puñal en la diestra, adelantóse hasta la cama del niño que tenía los ojos fuera de las órbitas, mientras Espinilla se situaba al lado de la puerta para herir al que entrase.

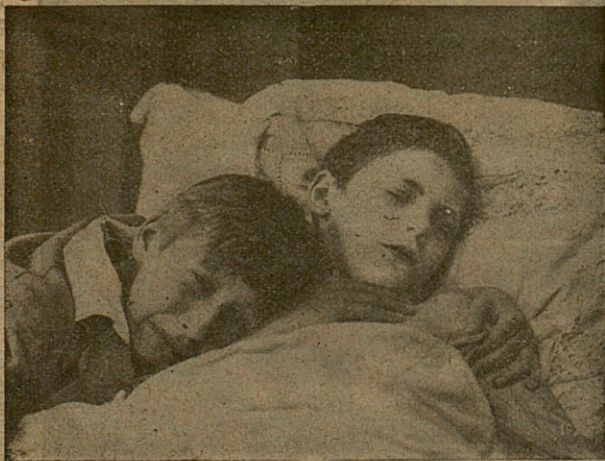
—¡No!... ¡No me mate, Cachalote!... Yo no he hecho nada malo,



Juanito sollozaba acongojado regando con sus lágrimas el pecho de su hermanito del alma.

Cachalote cogió a Claudinet por el brazo, lo arrastró fuera la cama y gruñó:

—Dime dónde está Fanfan si no, te mato. En aquel momento Claudinet oyó los pa-



Un grito desgarrador salió del pecho de Juanito, quien se abrazó al cadáver.

sos de Fanfan que se acercaba y gritó con toda la fuerza de sus gastados pulmones:

—¡¡Fanfan, no entres, que hay ladrones!!

Fanfan oyó el grito y lo comprendió todo; a su vez dió un chillido estridente y no tardaron en presentarse los policías que estaban con su padre, quienes no dieron tiempo a los ladrones para escaparse. Cachalote fué apresado en la misma habitación y Espinilla cuando llegó al jardín.

El golpe recibido por el enfermito fué mor-

tal. Elena lo abrazó con un cariño indecible. Juanito Kerlor se puso a su lado apretando entre las suyas aquella mano yerta. Elena, al otro lado, se arrodilló, abrazándole la cabecita.

Toda la familia estaba presente.

—¡Fan... fan!—silabeó Claudinet, mirando a su compañero de penalidades con una sonrisa amarga, último destello de una vida que se apagaba—. ¡Me mue...ro!

Juanito sollozaba acongojado regando con sus lágrimas el pecho de su hermanito del alma: estaba desconsolado; su pecho transido de dolor.

—¡Ma...má!...—balbuceó con voz casi imperceptible el moribundo, fijando sus ojos vidriosos en Elena, como queriéndose llevar al otro mundo la ilusión de haber conocido a su madre adoptiva—. ¡Gra... cias!... ¡A... diós! ¡Fanfan!... ¡A... diós!

Con sus manecitas agarró fuertemente las sábanas, hizo por abrir los párpados, levantó el pecho, hizo un pequeño estremecimiento e inclinó la cabeza: ¡había muerto!

Un grito desgarrador salió del pecho de Juanito, quien se abrazó al cadáver, y entre sollozos.—que emocionaron a todos los presentes, tanto como la muerte del pobre niño—clamó transido de dolor:

—¡Oh;... ¡Claudinet, hermano del alma!... ¡¡Espera!! ¡¡No te mueras aún!!

Por las mejillas de todos los presentes rodaron unas lágrimas y todos los labios barbotearon una plegaria, último tributo rendido a la memoria del niño mártir de la brutalidad humana.

FIN

Ediciones BIBLIOTECA FILMS

Selección de BIBLIOTECA FILMS a 1 pta.

1. Rosita.

Selección de BIBLIOTECA FILMS a 0'50 ptas.

4. La voz de la mujer *Douglas Fairbanks*
7. La rosa de Flandes *Raquel Meller*
12. ¿Dónde estás, mi hijo? *Grete y Olat*
21. La brecha del infierno *Camille Vernades*
25. Mesalina. *Rina de Ligouro*
29. Los Nibelungos *Pablo Richter*
35. Koenigsmark *Jacques Catelain*
40. En las ruinas de Reims *Corinne Griffith*
43. La mujer que supo resistir. *Ben Lyon*
49. Los dos pilletes *J. Forest y L. Shaw*
82. Como D. Juan de Serrallonga *Mary Philbin*
88. Conciencia contra ley. *Varconyi*

FILMS DE AMOR a 0'50

1. El templo de Venus *Mary Philbin*
2. La tierra prometida *Tina Meller*
3. Sacrificio. *Fay Compton*
4. En las garras de la duda o el calvario de una esposa. *Capozzi*
5. Ruperto de Hentzau (2.ª época de «El prisionero de Zenda»). *Hammerstein*
6. El tren de la muerte. *Mifred Harrys Chap'in*

BIBLIOTECA FILMS a 0'25

2. No se fie de las apariencias. *Mary Pickford*
3. Lorna Doone *Charlot*
5. ¡Cuidado con la curval! *Lil Dagover*
6. El León de Venecia * *Bellamy*
8. Ensueño *A. Rouane*

9. Sherlock Holmes. *Darothy Phylips*
10. Las esposas de los pobres. *Bárbara La Marr*
11. Els signo del Zorro *Douglas Fairbanks*
13. Luisa Miller *Ramón Navarro*
14. Flor de Fuego *Frank Mayo*
15. Las dos niñas de París. *Mary y Douglas*
16. Rescatando la honra *Tom Mix*
17. La hija del Fuego *Perla Blanca*
18. Nathan el Sabio *Sandra y Herman*
19. La Huerfanita. *Dorothy Gis*
20. Clarita Mai *Bessie Love*
22. ¡Perdida y encontrada! *Antonio Moreno*
23. El alma de Oscar. *Cullen Landis*
24. El botones núm. 13 *Douglas Mac Lean*
26. Mandrin. *Romuald Jouvé*
27. El velo de la dicha *Clara Winsor*
28. Nellie, la bella modelo *Mae Murray*
30. Las cataratas del diablo. *Bárbara La Marr*
31. El ladrón de Bagdad. *Lia Mára*
32. La reina de la moda. *Jaqueline Blanc*
33. Montmartre *Pola Negri*
34. El caballero de la pesadilla. *Mosjoukine*
36. El regreso de Cyclone Smith *E. Polo*
37. Doroty Vernon (3.ª edición). *Mary Pickford*
38. La ley de la hospitalidad. *Pamplinas*
39. ¡Viva el Rey! *Chiquilin*
41. Locuras de juventud. *Mia May*
42. Historia de un dólar. *Tom Moore*
44. ¡Velarás por tu hijo! *A. Rolane*
45. El botín de los piratas (2.ª ed.) *Betty Compson*
46. Amor que vence al amor. *Perla Blanca*
47. Los tres mosqueteros. *Douglas Fairbanks*
48. Toni, Mala Cara. *Shirley Mason*
50. El camino del amor. *Rodolfo Valentino*
51. La vida de los artistas de cine *Wallace Reid*
52. Oriente. *Maria Jacobini*
53. El islote de las perlas *Jean Tolley*
54. El pez dorado *Constance Talmadhe*
55. La gitana blanca. *Raquel Meller*
56. La ingenua *Hella Moja*
57. Nueva York de antaño *M. Davies*
58. La venganza de Crimilda. *Mary Mac Laren*
59. Los hijos de los pobres. *Mary Alden*

- | | |
|---|-------------------|
| 60. El casamiento de medianoche | Mac Donald |
| 61. El caballero valiente. | D. Mackaill |
| 62. Mujer imortal. | George Walsh |
| 63. Mónica | France Delia |
| 64. La modistilla. | Pat O. Malley |
| 65. La novia del legionario | Marqueritte Rosky |
| 66. Con el amor no se juega. | L. Bernhardt |
| 67. El rey sin reino | Renee Heribel |
| 68. Grandeza de humildes | Marie Prevost |
| 69. ¡Madre adorada! | Rachel Devirys |
| 70. El santuario del amor perdido | Sidney Chaplin |
| 71. El chico | Lia de Butti |
| 72. La linda rubia | Elena Maskouka |
| 73. La llama del genio | H. Hampton |
| 74. Judex. | Rene Navarre |
| 75. Nueva misión de Judex | G. Biscot |
| 76. El mimado de la abuela. | EL |
| 77. Yo pecador... | Lewis Stone |
| 78. Bajo la máscara. | Cayena |
| 79. La rosa de París. | Baby Peggi |
| 80. Por el recuerdo de un beso | Betty Blythe |
| 81. Tosca. | Bertini |
| 83. El rey de los corsarios | K. d'Abaian |
| 84. La culpable | Regine Bonet |
| 85. En las alas de la gloria | Bebe Daniels |
| 86. El Navegante. | Anita Stewart |
| 87. La avaricia | Beverly Baine |
| 89. Los ángeles del hogar | Monte Blue |
| 90. El árbitro de la elegancia. | Virginia Valli |

Los Triunfadores del Ruedo a 0'30

- | | |
|--------------------------------------|-------------|
| 1. Manuel Baez «LITRI». | LITRI |
| 2. Juan Anllo «NACIONAL II». | NACIONAL II |

Festivales Escolares

Volumen primero. 1 pta.

¡ÉXITO ASOMBROSO! de la original publicación

CELEBRIDADES DE VARIETÉS

- Núm. 1 RAMPER (2.^a edición)
» 2 MERCEDES SERÓS
» 3 ELVIRA DE AMAYA
» 4 LEPE
» 5 ARGENTINITA
» 6 CHELITO
» 7 LUIS ESTESO
» 8 PILAR ALONSO
» 9 LA GOYA
» 10 ORTAS
» 11 SPAVENTA
» 12 PASTORA IMPERIO

Única publicación en su género, que pone en contacto el alma del artista con la de sus admiradores, por medio de entrevistas verdaderas, la cual constituirá en breve una verdadera

BIBLIOTECA DE ORO

por ser el archivo obligado de todos los artistas de fama del arte frívolo.

Cubiertas a varias tintas. Literatura selecta. Reproducción de fotografías particulares e íntimas. En cada librito se obsequia a los lectores con una elegante tarjeta postal firmada y dedicada por el artista.

Solo cuesta 30 céntimos cada ejemplar

Pedidos a BIBLIOTECA FILMS. - Calabria, 96. - Barcelona